

«En el clamor en que vivimos, el amor es imposible y la justicia no basta. (...)
Había que guardar intactas dentro de uno mismo una frescura y una fuente de alegría;
amar el día que escapa a la injusticia y volver al combate con esa luz conquistada.
Volvía a encontrar allí la antigua belleza, un cielo joven, y ponderaba mi suerte,
comprendiendo por fin que en los peores años de nuestra locura
el recuerdo de este cielo no me había abandonado nunca (...)

En mitad del invierno aprendía por fin que había en mí **un verano invencible**».

ALBERT CAMUS. *El verano*.

Dos monjas

Jueves, 2 de junio de 2016

Olvido Montalbán no tiene la culpa de que haya muerto tanta gente a su alrededor. Aunque en días como hoy, le resulta difícil no cuestionar sus decisiones.

Olvido no cree en Dios, ni en el karma, ni en ninguna de esas gilipolleces. Pero cuando se ve enfundada en un hábito de novicia, cubierta de sangre, sosteniendo a un recién nacido en una mano y una pistola humeante en la otra, digamos que su escala de convicciones se reajusta. Como mínimo, se abre a la remota posibilidad de que alguna fuerza más allá de la playa de La Concha haya podido intervenir para sacarla con vida del tiroteo en el que se ha visto envuelta tan solo unos minutos antes.

La agente de la Ertzaintza Ainhoa Gorbea, por el contrario, tiene mucha fe. Una fe ciega en disfrutar de una guardia tranquila, como suelen ser las de los jueves por la noche, donde en su comisaría no se escucha ni el vuelo de una mosca. Si acaso, el zumbido de la máquina de café haciéndole coros al fluorescente del techo, que ronronea y parpadea con el único fin de romper un poco la monotonía. Por desgracia, los planes de Ainhoa de aligerar la noche con un maratón de Netflix saltan por los aires (junto al vaso de café) cuando aquellas dos monjas agonizantes, como recién salidas de una

película de Tarantino, irrumpen inesperadamente en la comisaría de Ondarreta.

Olvido sabe que, a pesar de la profunda puñalada que le ha atravesado el costado —y que duele como una condenada—, no sería prudente abalanzarse sobre la agente para suplicar ayuda, ni hacer movimientos bruscos. Por eso, con la cautela y parsimonia de un oso perezoso, hace verdaderos malabarismos para no dejar caer al bebé —que berrea desconsolado recostado contra su pecho—, y se inclina despacio hacia el suelo. Muy lentamente, deposita sobre las baldosas de gres el arma que sujeta con la mano derecha. Marca muy bien cada movimiento, no quiere que la agente tema ser víctima de un ataque. Con la misma templanza, se incorpora y utiliza la mano que ha quedado libre para presionar sobre la herida. Casi puede contemplar su reflejo en los ojos de la joven policía. Repasa mentalmente su aspecto y comprende que la visión debe ser dantesca. Su hábito blanco está empapado de sangre. Utiliza el pie derecho para dar una patada a la pistola, que rueda por el suelo en dirección a la agente Gorbea, quien lucha aún por descodificar la escena que está teniendo lugar frente a sus ojos. Solo entonces Ainhoa repara en la otra mujer, que se deja caer sin fuerzas sobre una de las sillas de plástico de la sala de espera. Sus ropas también están manchadas de sangre de cintura para abajo.

Olvido avanza hacia la agente de policía dando pasos muy pequeños. Cuando llega a su altura, le tiende al bebé. Ainhoa reacciona extendiendo los brazos justo a tiempo de evitar que la criatura se precipite contra el suelo.

—Lo he matado... —susurra, con un hilo de voz. —En el convento de... He matado a un hombre —concluye, un segundo antes de perder el conocimiento.

PARTE 1

La brigada

9 MESES ANTES

Viernes, 4 de septiembre de 2015

08.00h

En las oficinas de la BDCV se respira un ambiente de euforia poco habitual. La Brigada de Desaparecidos y Crímenes Violentos es tan popular como poco estimada entre el resto de miembros del cuerpo de la Policía Nacional por dos motivos: el primero, porque sus miembros han sido elegidos entre la élite, la *crème de la crème*, lo mejor de cada casa. Y ya se sabe las envidias que eso despierta. El segundo, porque la BDCV se encarga de resolver los casos que el resto de departamentos no es capaz de cerrar. Es decir, que la BDCV ponga el broche de oro a una investigación encallada es el equivalente a decir: *Aquí tenéis, pardillos, todas las evidencias que se os han pasado por alto, todos los cabos que no habéis sido capaces de atar. ¿No os da vergüenza que tengamos que venir nosotros a sacaros las castañas del fuego?*

Y eso, quieras que no, siempre escuece un poco.

Pero hoy no habría un policía en todo Madrid que no les saludara con una reverencia. Cuando la inspectora Montalbán abre la puerta del piso donde se ubican las oficinas de la brigada, en la calle del Pez, una lluvia de confeti y serpentinas cae sobre ella, seguida por el inevitable baño de champán. Improvisa su mejor sonrisa, como si estar empapada de aquel líquido pegajoso fuera lo más divertido que

le puede ocurrir a un ser humano. Por dentro, calcula las horas que le quedan para volver a casa y cambiarse de ropa. Si por ella fuera, se habría quedado todo el día tirada en el sofá, devorando alguna serie nórdica de crímenes a bajo cero. Eso cuadra más con su idea de la diversión.

—¡Jefa! —exclama Morata, ex miembro de la UDYCO. Es el policía más veterano de la brigada. Su experiencia en la Brigada Central de Estupefacientes y su amplio conocimiento de los entresijos del Crimen Organizado han sido cruciales en la localización del secuestrador—. ¡Hoy vamos a quemar Madrid!

Morata suple su falta de corpulencia con una labia capaz de convencer a un esquimal de comprarle una bolsa de hielos para el cubata. Su aspecto, extremadamente pulcro y a la moda —su pasta se deja en la barbería— y sus camisas de estampados imposibles, le suelen costar algún que otro comentario homófobo por parte de los policías más rancios. Pero en días como hoy, se dedica a cerrar bocas con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno Lucas, tómatelo con calma ¿eh?, que son las ocho de la mañana.

—¿Lucas? Sí que vienes contenta hoy, inspectora. ¡Es la primera vez que te oigo llamarme por mi nombre de pila!

—Un día es un día Morata, no te acostumbres —responde Montalbán, guiñándole un ojo.

Lucas ríe con ganas y se dirige hacia la máquina de café, donde Susana Varela, la forense del equipo —Morata y ella son uña y carne— lucha por extraer algo de cafeína de un aparato destartado. Ambos se enfrascan en una animada conversación entre risas y abrazos.

—Vaya, parece que ya tienes otro favorito, inspectora... Primero Navarro y ahora Morata. No vas a dar abasto.

Olvido decide ignorar el comentario de Rafa Garrido, que acaba de entrar en la sala. Está tan acostumbrada a las salidas de tono del especialista en explosivos que ya ni se molesta en responder. Tal vez un par de años atrás la imponente presencia de su compañero —con sus casi dos metros de percha, pelo rapado como un marine, los brazos tatuados hasta el cuello y unos músculos que parece que van a reventarle la ropa de estilo militar de la que no se desprende— hubiera hecho que la inspectora se lo pensara dos veces antes de enfrentarse a él. Pero desde que la inspectora se inició en las brutales bondades del Krav Maga —lleva un par de meses entrenándose en este sistema de combate cuerpo a cuerpo— ha comenzado a verle como lo que es: un policía arrogante con problemas de autocontrol al que conviene tener a raya.

Aunque Montalbán hace caso omiso de las palabras de su colega, la paciencia de Susana Varela se desvanece cuando le descubre simulando un muy reconocible gesto de felación a espaldas de su jefa.

—Garrido, si sientes la imperiosa necesidad de expresarte como un cromañón, te pido por favor que lo hagas cuando yo no esté delante —le suelta, acercándose a él unos centímetros más de los que podría considerarse *amistoso*.

Ambos se sostienen la mirada durante unos segundos.

—Gilipollas —susurra ella finalmente, mientras se gira y le da la espalda.

La inspectora Montalbán observa la escena a una distancia prudencial. Susana y ella son las únicas mujeres del equipo. Metro sesenta y cinco de pura fibra acompañan a la mente más ágil con la que ha tenido la suerte de trabajar a lo largo de su carrera. Como atestigua un tatuaje sobre su hombro izquierdo, su único Dios es Black Sabbath. Su vestimenta, de riguroso negro de la cabeza a los

pies, contrasta con una media melena azul eléctrico, a juego con unos ojos marinos que hacen que Olvido se cuestione todos los días por unos minutos su propia heterosexualidad.

—¿Sabes qué, Varela? Con las tías como tú siempre tengo dudas... ¿Te molesta porque eres una princesita o una feminazi?

Olvido pone los ojos en blanco. *¿Por qué Garrido tiene que ser siempre tan cafre?*

Morata se dispone a intervenir, pero no le da tiempo a abrir la boca.

—¿Y si te pego una hostia y salimos de dudas? —responde la forense, con el puño derecho a medio camino entre su cuerpo y el ojo del artificiero.

—Venga Susana, ni caso —media por fin la inspectora, que tiene que interponer su cuerpo entre los dos para evitar que lleguen a mayores—. Y tú, Rafa, relájate un poco ¿vale? Aunque solo sea un día... Hoy celebramos un éxito de todos, de *toda* la brigada, ¿entendido? Hoy aquí no hay egos ni rencillas. Lo importante es que hemos encontrado al niño sano y salvo. Y lo hemos logrado juntos. ¡Es un día importante, joder!

Garrido está insoportable porque sabe que, en el fondo, lo de que ha sido un éxito de todo el equipo es una mentira como un piano. Desde hace casi un año, su participación en la BDCV pende de un hilo muy fino. Es bueno en lo suyo —el mejor—, pero su carácter le ha valido ya tantas amonestaciones que en los últimos meses se ha visto relegado a funciones administrativas y apenas sí ha participado en la operación de más alto nivel que la brigada ha logrado culminar hasta la fecha.

—Tienes razón —admite Varela, acercándose a Garrido en tono conciliador—. Es un éxito de todos. Por cierto, Rafa ¿me haces unas

fotocopias? No sé qué habría sido de nosotros sin tu destreza con la impresora...

El subinspector Víctor Navarro hace su aparición en la oficina justo a tiempo de evitar que sus compañeros se enroquen en una nueva batalla dialéctica.

—¿Ya estamos como siempre? ¡Hoy no quiero saber nada de vosotros, cretinos, hoy me voy a pasar el día bebiendo cerveza y bailando hasta que se me desencajen los huesos!

Navarro pulsa una tecla en su teléfono móvil y los acordes inconfundibles de «We are the Champions» resuenan en toda la oficina. Olvido respira aliviada ante la llegada de su mano derecha. Si alguien ha jugado un papel clave en la resolución del caso, ha sido él. Llegó a la brigada directamente de la B.C.I.T., y a día de hoy se podría decir que es el mayor experto en cibercrimes (y el hacker más potente) de la Policía Nacional. Para rizar el rizo, está casado con su mejor amiga. El día que Olvido les presentó, los ojos pardos de Víctor Navarro recorrieron la piel mulata y la melena rizada de Marga Lezea, y la inspectora comprendió que, por muy cursi que a ella le resultara la idea, los destinos de los tres habían quedado irremediabilmente ligados para siempre.

Los miembros de la brigada (salvo Garrido, que refunfuña un monólogo ininteligible en una esquina) intercambian abrazos, palmadas y felicitaciones entre ellos hasta que una voz masculina —grave, severamente familiar— se impone de repente a la algarabía reinante.

—Buenos días, señores. ¿Dónde está la heroína del día?

La irrupción imprevista del comisario Herrera sobresalta a todos excepto a la inspectora, que mantiene su proverbial sangre fría ante cualquier acontecimiento fuera de lo habitual.

—Buenos días, comisario. No era necesario que se acercara hasta aquí...

Herrera es el director general de operaciones y número tres de la Policía Nacional. Un pez gordo, gordo (en todos los sentidos) dentro del cuerpo. Todo sonrisas, pasea su corpulencia por la amplia sala común mientras echa un vistazo satisfecho a su alrededor. Su fama de rácano le precede, y se hace patente una vez más en el traje marrón setentero con coderas que viste, sin asomo alguno de pudor. *Coderas*. Para Olvido, verle aparecer y pensar en un sofá de escay color caca de bebé es todo uno.

—Es un auténtico orgullo y un placer poder estrecharles a todos la mano. Seis meses sin una sola pista del niño... Es casi un milagro que haya aparecido con vida. Han hecho un trabajo magnífico. Quería venir a felicitarles personalmente.

—Es todo un detalle, señor —responde Olvido, que estrecha la mano que le tiende.

La BDCV se había reestructurado por completo tres años antes. Inicialmente, la unidad estaba formada por cinco hombres, cuatro de ellos al borde de la jubilación. Uno de ellos, el más joven, era Herrera. Cuando ascendió a comisario, le confió a Montalbán la dirección de la BDCV. El nombre de la inspectora había saltado a la palestra y llamado la atención de las altas esferas dentro de la Policía Nacional cuando, con tan solo veintiséis años, logró infiltrarse en una organización criminal que controlaba, a través de la *deep web*, el tráfico de obras de arte robadas en Europa. Entre las habilidades informáticas de Navarro y su absoluto desprecio por el peligro, el tándem había logrado desarticular una red que condujo a numerosas detenciones. De igual manera, la operación arrojó importantes pistas que ayudaron a resolver una cadena de robos y crímenes que

tenían en jaque a la INTERPOL desde hacía años. Además —aunque Herrera nunca lo formulara de manera explícita—, el comisario valoró que, de cara a la galería, daría buena imagen que la elegida fuera una mujer tan joven y preparada, aunque no olvidó dejarle bien claro que siempre estaría observándola con lupa. Montalbán tuvo libertad para elegir a su mano derecha, el subinspector Navarro. Herrera valoraba que hubieran estudiado juntos en la Academia de Policía y sabía que trabajaban bien juntos, así que no puso objeciones a su incorporación. El resto del equipo fue impuesto «desde arriba». En cuanto a Garrido, por lo que se rumorea en el cuerpo hay indicios velados de que el comisario y él tienen *un pasado*. Nadie sabe a ciencia cierta qué favores se deben el uno al otro, pero en el ambiente flota la intuición de que a Herrera le interesa tenerle controlado. Eso no quita para que «el pistolero», como se le conoce en todo el cuerpo de Policía, sea un miembro de pleno derecho de la brigada. Probablemente no habrían encontrado en todo el país a nadie con su perfil y experiencia en armas y explosivos.

—Enhorabuena, Garrido —le felicita Herrera. Rafa, incómodo, susurra un mustio «gracias» mientras le estrecha la mano y sobrelleva abochornado unas palmaditas en la espalda, en un vano esfuerzo por no hacer más evidente aún su escasa participación en la operación.

Susana Varela compensa su físico menudo con un apretón de manos que hace que el comisario se plantee si deberían hacerle una radiografía.

—Excelente trabajo, Varela. Estoy muy orgulloso.

—Muchas gracias, comisario.

Lucas Morata se aproxima a su superior cubierto de serpentina y luciendo su sempiterna sonrisa. Olvido ha llegado a la

conclusión de que debe ser algo propio de su ADN, que se trata de una de esas personas que han sido dotados por las alturas de un nivel de endorfinas superior a la del resto de los mortales, porque lo cierto es que el tipo irradia energía y entusiasmo en cada cosa que hace. Para él, formar parte de BDCV es un motivo de profundo orgullo. Todos los miembros del equipo —excepto, por supuesto, Garrido— le adoran.

—Enhorabuena, agente Morata.

—¡Gracias, señor!

Por último, Herrera felicita efusivamente al segundo de a bordo, el subinspector Navarro.

—Mi más sincera admiración y agradecimiento, subinspector.

—Se lo agradezco, señor. Es nuestro trabajo. Ojalá logremos muchos más éxitos tan importantes como este.

Mientras el comisario se relaja charlando con el grupo, Olvido repasa mentalmente la tensión y las presiones que han tenido que soportar durante los últimos meses y se reafirma en que, a pesar de las inevitables discrepancias que surgen en cualquier equipo, forman una brigada de élite. Quería a los mejores, y son los mejores.

—Inspectora, otra de las razones por las que he venido es para comentarle que he convocado una rueda de prensa este mediodía con el niño, los padres... —anuncia el comisario—. Ya sabe usted la atención mediática que ha despertado el caso, nos viene muy bien este chute de popularidad. Me gustaría que estuviera usted allí para explicar a los periodistas los detalles de la investigación.

Olvido medita unos segundos. Si llega.

—No. Lo siento.

Herrera abre los ojos de par en par, incrédulo.

—Perdón, ¿cómo dice? —pregunta, confuso.

Codazos y risitas nerviosas recorren la oficina. *Ya la va a liar*, musita Navarro.

—Con todos los respetos, comisario, declino su invitación. Como sabe, el trabajo que hacemos aquí es muy delicado, y revelar en todos los medios de comunicación del país la identidad de cualquiera de los miembros de la brigada pondría en serio peligro la labor que realizamos. Así que, respondiendo a su pregunta, la respuesta es «no». Ni yo, ni ningún miembro del equipo, acudiremos a la rueda de prensa. Estoy segura de que lo comprende.

—Inspectora, me pone usted en un brete. Verá, itodo el mundo quiere conocerla! Anoche mismo me llamó el alcalde. Quieren concederle las llaves de la ciudad, habrá un acto institucional... ¡Es un gran reconocimiento, un honor! ¿Acaso no es eso lo que todo el mundo anhela? —insiste el comisario.

Montalbán lanza un suspiro despectivo y niega con la cabeza. Se pregunta si el reconocimiento sería igual de pomposo si el niño al que rescataron hubiera sido hijo de un fontanero, de un maestro, o de un dentista, en lugar de un afamado constructor, dueño de varios medios de comunicación y un club de fútbol. Para ella, desde luego, el esfuerzo y la dedicación habrían sido los mismos. Así que no necesita la atención mediática. Más bien —reflexiona— se pueden meter la atención mediática por donde les quepa.

—Yo las únicas llaves que necesito son las de mi casa. No estoy aquí por las medallas, usted lo sabe.

Los miembros de la brigada reprimen una carcajada y contemplan divertidos los esfuerzos inútiles de Herrera por convencerla. Ellos ya saben por experiencia lo que su superior está a punto de descubrir a las bravas.

Cuando Olvido dice que no, es que no.

Una caja de donuts

Viernes, 4 de septiembre de 2015

10.30h

—Qué ovarios tienes, Olvido —dice Navarro, en cuanto Herrera desaparece por la puerta.

—¿Qué va a hacer, despedirme?

Víctor sonríe. Es imposible rebatir la contundencia de los razonamientos de su jefa. Montalbán es dura, a menudo tozuda e inflexible. Hay días en los que al subinspector le gustaría estrangularla con sus propias manos, pero en estos momentos no puede evitar envidiar el aplomo y la seguridad con las que defiende sus convicciones.

—Chicos —anuncia la inspectora—, hoy nos lo tomamos con calma. Os invito a desayunar, ¿qué os apetece?

—Somos polis, jefa —responde Varela—. Trae donuts.

La inspectora sale de las oficinas, que ocupan un discreto piso dúplex en un edificio antiguo donde todo son pequeños despachos. Del exterior de la puerta cuelga un cartel con un logo cutre que simula anunciar una consultora informática. Como dice Morata: «Información: poca y confusa». Baja por la calle del Pez hasta la Corredera Baja de San Pablo. Cuando llega al final de la calle, gira a la izquierda por la calle de la Luna y baja por Concepción Arenal hasta la Gran Vía. Saca dinero de un cajero automático a pie de calle y entra en una cafetería de franquicia que ofrece un mostrador

repleto de donuts de todos los colores del arco iris. Compra una caja de diez, variados, dos por cabeza. En el camino de vuelta se detiene un momento frente al Teatro Lara; hay una nueva obra de teatro en cartel con uno de sus actores preferidos. Consulta el horario y los precios. Seguro que a Marga le apetecerá una tarde de chicas antes de dar a luz. Saca el móvil del bolso y hace una foto del afiche para que no se le olvide. Es entonces cuando siente el violento empujón contra la pared, y el frío del metal afilado en su garganta.

—Dame el bolso o te rajo —susurra una voz temblorosa a su espalda.

Con más hastío que miedo, Montalbán valora la situación. *El chaval no tiene fuerzas ni para quitarme los donuts*, concluye. Aun así, intenta razonar con él.

—Lo siento, no llevo dinero.

—No mientas, te he visto sacar del cajero.

De acuerdo, se acabó la conversación. La paciencia no es el fuerte de la inspectora. Recuerda sus lecciones de Krav Maga y realiza un movimiento brusco para zafarse de su agresor: un codazo en las costillas y, cuando doble el cuerpo, giro y golpe con el antebrazo para partirle la nariz. El muchacho encaja el primer impacto y se retuerce, pero se reincorpora con una rapidez inesperada y alza la mano antes de que a Olvido, que se ha confiado, le dé tiempo a girar el cuerpo del todo. Torpe y nervioso —le urge ya meterse su dosis de lo que sea—, el ladrón le lacera la piel del brazo con la navaja y sale corriendo con el bolso como botín. Olvido se palpa la herida. No es más que un arañazo superficial. Deja caer la caja de donuts y se lanza tras él a la carrera. *¿Pero será posible, el yonqui?* En su huida, el chico extrae la cartera del bolso —barato, de las rebajas de hace cinco años—, y lo arroja al suelo. Montalbán no tarda ni un minuto en darle alcance e inmovilizarle contra el cierre

metálico de un restaurante. La inspectora realiza una rápida inspección ocular —nadie a la izquierda, nadie a la derecha, nadie en las ventanas— y desenfunda la HK reglamentaria que lleva oculta bajo la chaqueta. Sin pensarlo dos veces, se la pone al chico en la frente. *Joder, pero si no es más que un adolescente.*

—Mira niño, no he tenido que disparar mi arma en todos los años que llevo de servicio pero te aseguro que, o me devuelves ahora mismo la cartera, o hago gotelé en la pared con tus sesos.

El joven no sabe si esa mujer está demasiado loca o demasiado cuerda, pero tiene la impresión de que no bromea. Arroja la billetera a la calzada, lejos de él y aprovecha el instante en que la policía se agacha a recogerla para salir corriendo y perderse en el entresijo de callejas de Malasaña.

A Olvido no le preocupa haberle perdido de vista, aunque bien le habría gustado llevárselo esposado a la comisaría de Leganitos. Tan solo siente una punzada de remordimiento por haberle puesto la pistola en la cara. *Mierda, no debería haberlo hecho.* La guarda rápidamente en la funda que oculta bajo su chaqueta y reza internamente para que nadie haya tenido la genial idea de grabar la secuencia desde alguno de los pisos más altos y le dé por subirlo a internet. Ha sido una imprudencia, pero es que la mera idea de no recuperar su cartera le ha hecho perder la cabeza.

La aferra con fuerza entre sus manos, aún temblorosas, y se apresura a comprobar que su posesión más importante en la vida continúa allí. Del departamento oculto bajo la solapa donde guarda el DNI, extrae una polaroid antigua y deja escapar un hondo suspiro de alivio. Siente cómo todos los músculos de su cuerpo van mutando poco a poco de estado pétreo a algo más parecido a la musculatura humana. No es que no haya hecho ninguna copia de esa instantánea

(tiene copias de seguridad por todas partes, digitalizada en su ordenador, en iCloud, impresa en alta definición en la caja fuerte de su casa, y hasta una copia extra en una vieja caja de galletas que guarda en la despensa). Pero la que lleva siempre consigo es la original, y eso tiene para Olvido un valor incalculable. La observa con atención, recorriendo cada detalle de la imagen como si no la hubiera visto nunca. Con el dedo índice acaricia el nombre que hay escrito con rotulador en la parte inferior de la foto. El nombre que aparece en sus mejores sueños y en sus peores pesadillas. Junto a él, una fecha prácticamente borrada por el tiempo, pero que ella es incapaz de olvidar.

Aliviada, vuelve a guardarla en su lugar. Si algún día esa foto se extravía, o se deteriora... Si alguien se la roba, si no es capaz de protegerla incluso con su vida... Ese día, Olvido lo tiene claro, se tirará de cabeza desde el Viaducto.

El erizo

8 AÑOS ANTES

Viernes, 5 de octubre de 2007

La primera vez que lo sintió —y la única, hasta el momento, que había sido incapaz de controlarlo—, surgió tan de repente que le dejó sin habla, literalmente clavado al borde del abismo. Por entonces contaba ocho años de edad, y estaba de excursión con el colegio en los Picos de Europa. Era la primera vez que viajaba con sus compañeros y pasaba tantos días fuera de casa; cada paso del camino suponía una promesa de aventuras en bosques encantados, con la posibilidad de avistar lagos inmensos, duendes y quién sabe qué otros seres mitológicos.

Eric aún recuerda vívidamente hasta el más mínimo detalle de aquella mañana. Caminaba junto a dos amigos por un sendero empinado —la montaña arbolada a un lado, un espectacular acantilado al otro—, cuando se detuvo maravillado al descubrir un pequeño erizo que, camuflado entre los tonos ocre del sendero de tierra, paseaba despreocupado junto al lindero del camino. El animal parecía sacado de un cuento: pequeño y perfecto, pacífico como un muñeco de peluche. Eric se agachó y, con sumo cuidado, lo tomó entre sus manos y lo elevó a la altura de sus ojos para contemplarlo con detenimiento. Le pareció el animal más delicado que había observado jamás. Sus púas, peligrosas y afiladas, no eran sino un

manto protector que recubría su diminuto cuerpo y le resguardaba de cualquier amenaza exterior.

Eric envidió el abrigo del erizo. Daría cualquier cosa por poseer un armazón como el suyo, capaz de frenar los golpes de su padre cada vez que regresaba a casa borracho. Pensó en su madre. Aquella misma mañana reposaba tendida en la cama, recuperándose de la última paliza. Por suerte, la noche de la última bronca Eric durmió en casa de su abuela y no le tocó nada en el brutal reparto. Al volver a su hogar y descubrir el estado en el que se encontraba su madre el alivio se mezcló con un amargo sentimiento de culpa. *Si hubiera estado aquí —pensó—, quizás ella no se habría llevado todos los golpes.*

Debió pasar mucho tiempo contemplando al erizo, porque cuando recobró el sentido de la realidad sus amigos habían continuado la marcha y se habían perdido de vista tras el recodo ascendente del camino. El frondoso bosque que cubría la ladera le impedía ver al grupo y Eric, temeroso de haberse quedado demasiado rezagado, se apresuró a depositar de nuevo al erizo en el suelo, en el borde del sendero, junto a las espectaculares vistas del valle y los dos pequeños lagos que descansaban al fondo del barranco pedregoso. Se tranquilizó un poco al ver que Jaime —un niño delgaducho y algo tendente a meterse en líos— se acercaba a la carrera, colina arriba. Portaba un palo en una mano, por lo que Eric dedujo que, al igual que él, debía haberse entretenido unos cuantos metros atrás y luchaba ahora por recortar la distancia que le separaba del grupo. Al llegar a su altura, Jaime se detuvo un instante a tomar aliento. Apoyó ambas manos en sus rodillas e inclinó el tronco hacia delante para recuperar el resuello. Eric dirigió una última mirada al erizo, que

desfilaba confiado junto al borde el acantilado, y se despidió de él con una prudente caricia.

—Que disfrutes del paseo —le susurró.

Solo entonces Jaime reparó en el animalillo y se acercó a contemplarlo, curioso. Con cierta brusquedad, comenzó a «peinar» las púas del puercoespín con el palo que traía en la mano.

—Déjale en paz —ordenó Eric, enfadado. El mero hecho de que Jaime lo tocara le había puesto en alerta. Temía que acabara haciéndole daño con sus juegos.

—¿Qué pasa? No es más que un bicho —replicó Jaime, adoptando la postura de un golfista junto al animal. A continuación, esbozó una sonrisa gamberra e hizo oscilar el palo levemente adelante y atrás, como hacen los profesionales.

Eric le clavó la mirada, aterrorizado ante la simple idea de lo que estaba a punto de suceder.

—¡Te lo advierto, Jaime! —gritó.

No tuvo tiempo de reaccionar; el niño golpeó con todas sus fuerzas al erizo, que salió despedido violentamente rumbo al vacío.

—¡A volaaaaar! —exclamó. Sin parar de reír, se aproximó al borde del barranco y se inclinó hacia delante para observar en detalle la caída del animal.

Las carcajadas del niño retumbaban en los oídos de Eric, empañándolo todo. Aquel muchacho acababa de destruir la única cosa bella y auténtica, el único destello de felicidad incorrupta de la que Eric había disfrutado en mucho tiempo. Se cubrió las orejas con las manos para ahogar las risas del maldito mocoso. Fue entonces cuando brotó por primera vez. Aquella ira incontrolada. Tan fuerte, tan liberadora e intensa, que no pudo resistirse a ella. Se dejó inundar por aquel impulso desaforado, cogió carrerilla, y se aproximó a Jaime por la espalda. Antes de que a su compañero le

diera tiempo siquiera a sentirle, le empujó con ambas manos, con toda la fuerza de la que fue capaz. Cada centímetro de su cuerpo se coordinó para concentrar toda aquella rabia en sus brazos, que no temblaron mientras propulsaban al chico hacia delante como si fuera un avioncito de papel. Eric se sorprendió ante la potencia con la que el niño se precipitó hacia el fondo del barranco. Se asomó con cautela y aún pudo observar, entre paralizado e impertérrito, los últimos segundos de la brutal caída. Finalmente, se perdió de vista en la distancia. Apenas se distinguía un puntito en la lejanía. No se dejó arrastrar por el pánico. Eric inspiró profundamente por la nariz y expiró el aire por la boca para expulsar la tensión del momento, y la calma volvió a su cuerpo casi de inmediato. Sin mirar atrás, recogió del suelo el palo detonante de la tragedia y reemprendió la marcha hasta incorporarse de nuevo al grupo.

Nadie reparó en la ausencia de Jaime hasta un par de horas después. Tardaron dos días en localizar el cuerpo. Cuando le preguntaron, Eric se limitó a contestar, como el resto de sus compañeros, que no podía precisar en qué momento el niño se había separado del grupo.

Paradise

Madrugada del sábado, 5 de septiembre de 2015

02.15h

Olvido se escapa discretamente del bar donde continúa la celebración etílica de la brigada y se pierde con su moto en las entrañas de Madrid. Llevan desde por la mañana enlazando los donuts (recuperó la caja intacta) con las cañas, las cañas con los cubatas y los cubatas con los mojitos, pero logra escabullirse justo a tiempo de librarse del karaoke de la calle Huertas. *Una tiene sus límites*. Atraviesa la ciudad disfrutando del aire cálido de esa noche de final de verano y se detiene frente a la puerta del *Paradise*, un local muy discreto sin ningún cartel a la vista; tan solo un timbre y una mirilla en una puerta negra de hierro, lo suficientemente alejado de su barrio como para que nadie la reconozca. El portero la saluda con un gesto taciturno y aburrido.

— ¿Una?

Olvido asiente con la cabeza y le tiende un billete de veinte. No es necesario el intercambio de palabras. El *Paradise* no es uno de esos garitos donde la gente suele pagar con tarjeta, ni donde te exijan presentar un documento de identidad. Probablemente el local infrinja unas trescientas leyes, pero Olvido no es policía cuando se deja caer por allí. Por ella, como si el tráfico central de farlopa de la capital pasa por la barra del club. No está de servicio, luego no es de su incumbencia. Recoge la toalla raída y las chanclas desechables que le tiende una chica joven (*es nueva*, advierte Montalbán), y se

dirige a los vestuarios (mixtos). Una vez dentro se desnuda, se recoge el pelo en un moño alto y guarda sus pertenencias en una de las taquillas. Introduce un euro en la ranura y se lleva la llave, que cuelga a continuación de su muñeca con una especie de pulsera elástica. Las pulseras tienen un código: la verde (la que elige la mayoría), indica que la persona que la lleva está disponible, abierta al contacto físico, y que pueden tocarla o intentar un acercamiento, aunque siempre rige un código no escrito de no hacerlo de manera insistente o, por supuesto, violenta. Si la persona portadora de la pulsera no desea relacionarse con esa o esas otras personas en concreto, basta con retirar suavemente la mano o hacer un leve gesto de negación con la cabeza. La amarilla (la que lleva ella), indica que está disponible y abierta a un encuentro, pero que no desea ser tocada, sino que será ella la que inicie la interacción cuándo y con quién considere oportuno. Por último, la pulsera roja está reservada a aquellas personas que no desean, en principio, tocar ni que les toquen. Pueden ser maridos o esposas que simplemente desean observar cómo sus parejas disfrutan de otros cuerpos, o individuos que se excitan observando a otras personas anónimas mientras mantienen encuentros sexuales de cualquier tipo.

La fauna que se mueve por el local es de lo más variopinta, y en una noche de viernes como esa, está a tope de parejas buscando intercambios, de hombres solos a la espera de ser invitados a participar en un trío o cualquier otra actividad disponible y, las menos, algunas mujeres solas que, como Olvido, se toman su tiempo para otear el panorama y seleccionar cuidadosamente con quién o con quiénes les apetece compartirse esa noche. Olvido agradece el ambiente *chill out* que ofrece el local, que la música no esté especialmente alta, y que las luces tenues intenten simular algo parecido a un *spa*. Lo último que necesita cuando visita el *Paradise*

es una sobrecarga sensorial, y hoy ya ha tentado mucho a la suerte con tanta celebración y tantos bares.

La parte central del recinto está presidida por una piscina y un jacuzzi de dimensiones considerables, en el que varias parejas disfrutan de las burbujas y charlan animadamente, mientras un par de hombres solitarios merodean de grupo en grupo, buscando algo de suerte. Alrededor de la zona de agua se disponen una serie de barras, donde varios grupos de personas con más o menos ropa interior apuran sus consumiciones, charlan, bailan, o se acarician y se besan discretamente, puesto que en esta zona del establecimiento aún no están permitidas las relaciones sexuales completas. Largos sofás de cuero blanco, grandes palmeras y hamacas colgantes se reparten por todo el local, cuya ambientación intenta emular —con mayor pena que gloria— una discoteca ibicenca. Después de un par de vueltas y un *gintonic*, Olvido se sumerge al fin en la piscina, completamente desnuda. El roce del agua con su sexo le produce una excitación inmediata, aunque está decidida a prolongar el placer de esta escapada furtiva lo máximo posible. No es algo que pueda permitirse hacer a menudo, pero hoy es uno de esos días en los que, como diría Sabina, el alma necesita más que nunca un cuerpo que acariciar. Se suelta el pelo y deja que su larga melena pelirroja se empape y cuelgue lacia y radiante por debajo de sus hombros, marcando una frontera prometedora justo por encima de sus pezones rosados.

Cuando abandona el local y se sube de nuevo en su moto, los primeros rayos del sol ya despuntan en el horizonte. Olvido sonríe y se pone el casco, repasando mentalmente las sensaciones de la noche. Tuvo que rechazar a un par de hombres antes de echarle el ojo a su verdadero objetivo: una pareja algo más joven que ella, a los

que no obstante se les notaba que estaban lejos de ser novatos. La conexión entre los tres fue instantánea. Fue la otra mujer la que se acercó despacio a Olvido, cubriendo a nado el espacio que las separaba. Llevaban ya tanto tiempo jugando con las miradas, que no fue necesario intercambiar ni una sola palabra. La joven extendió su mano lentamente y acarició el brazo de Olvido, que se dejó hacer sin rechistar. Un segundo más tarde, fue ella misma la que, incapaz de resistir el deseo, aproximó suavemente sus labios a los de la chica, dándole el espacio y el tiempo necesario para que ella la frenara, en el caso de que no fuera eso lo que deseara. No la detuvo. La inspectora saboreó sus labios, dulces, cálidos, infinitamente más delicados que los de cualquier hombre. Era la primera vez que experimentaba con una mujer, y la perspectiva le resultó vibrantemente excitante. Extendió su mano para acariciarle el pecho, a lo que la joven reaccionó con un gemido de placer. Al cabo de un par de minutos, el hombre se acercó también, y las mujeres le abrieron hueco entre ellas.

—¿Vamos? —preguntó.

Las dos mujeres asintieron y salieron con él de la piscina, para perderse en el laberinto de salas interiores del local, donde los únicos límites que se contemplaban eran el respeto y la imaginación.

La maldita cena

Sábado, 5 de septiembre de 2015

21.00h

Mientras se prueba frente al espejo una falda larga plisada que aún no ha tenido la oportunidad de estrenar, la inspectora Montalbán se pregunta si todavía estará a tiempo de anular la cena. Ha sido una semana intensa, le invade una pereza absoluta. Además, apenas ha dormido tras la noche de celebración y posterior visita al *Paradise*. Lo que más le apetece es seguir con lo que estado haciendo toda la tarde del sábado: tumbarse en el sofá en pijama, con una lata de coca cola en una mano y una bolsa de patatas en la otra. Viendo un maratón de *The Killing* (la versión danesa, claro). Y alternando todo esto con un cuenco de helado (porque es digestivo) y una copa de vino (porque es bueno para la circulación). Se sienta en el borde de la cama, agarra el móvil y ya está a punto de empezar a teclear una excusa, pero finalmente piensa en Marga y se siente culpable. Se recuerda a sí misma que su mejor amiga está a punto de ser madre, y que probablemente transcurran meses hasta que puedan volver a tener una cena tranquila. *¿Por qué cada vez me cuesta más socializar?*, se lamenta. Lo coge con ganas, pero luego siempre regresa a casa exhausta.

Pero hoy no hay excusa posible. Es Marga. Y a ella y a Víctor les hace ilusión organizar estas reuniones de vez en cuando *porque no son seres huraños que preferirían limitar el contacto humano al*

mínimo posible. Así que guarda el móvil en el bolso, suspira y se calza las sandalias antes de echarse una última ojeada en el espejo.

No tarda ni cinco minutos en llegar. Sus amigos viven en el mismo barrio, en la misma calle. Mientras que Olvido ocupa un pequeño apartamento en un bloque de pisos (en el bajo, odia las alturas), Marga y su marido residen en una pequeña colonia de chalés situada al final de la Ribera del Manzanares. Nadie diría que aquel oasis urbano se encuentra a tiro de piedra de la Plaza de España, la Gran Vía y el Palacio Real, y a escasos cien metros de la Casa de Campo.

Los primeros días de septiembre aún les regalan noches suaves en las que todavía resulta agradable cenar en el jardín, y según avanza la velada Olvido se alegra de no haber cancelado la reunión. *Una tiene que vivir con sus incoherencias.*

—Gracias por la cena, Víctor. Estaba todo riquísimo —dice Olvido cuando éste le sirve un café. Es una de las cosas que más envidia de la vida en pareja. Alguien que sepa cómo te gusta el café, y cuándo te apetece uno.

—De nada, jefa.

Marga escruta el rostro de Olvido.

—Bueno, ¿entonces?

—Lo siento Marga, pero no puedo. Ya sabes lo que opino de la Iglesia. No me pidas que sea la madrina, no puedo participar en una ceremonia en la que no creo.

—Pero ¿qué más te da fingir un ratito? A ti no te supone nada, pero para nosotros es importante.

—Marga, sabes que te quiero más que a nada en el mundo, y te juro que si os pasa algo cuidaré de esa niña como si fuera mía. Pero no me pidas que haga el teatrillo delante de un cura. Tendrás que conformarte con mi palabra.

Tras la negativa de Olvido el ambiente se queda algo tenso, como un nubarrón amenazante en una noche de acampada.

—Bueno chicos, yo estoy reventada. Si no os importa, voy a subir a acostarme —se excusa Marga, resignada.

—Claro, descansa.

Olvido se despide de ella con un abrazo, al que Marga corresponde con cierta desgana.

Cuando desaparece en el interior de la casa, Víctor y Olvido se levantan de la mesa y se recuestan en sendas tumbonas. Sopla una brisa cálida, y el cielo está plagado de estrellas.

—¿Crees que se ha enfadado?

Víctor hace un gesto despreocupado con la mano y comienza a liar un cigarrillo de marihuana.

—Tranquila. Se le pasará. ¿A medias?

Olvido asiente con la cabeza. Se van pasando el canuto mientras charlan.

—Estoy muy satisfecho de cómo ha salido todo. Te juro que no las tenía todas conmigo, es un milagro que el chaval siguiera con vida.

Olvido repasa el rostro de su compañero con un atisbo de ternura, que Víctor aprovecha para inclinarse hacia ella y besarla. La inspectora corresponde al beso, pero al rato le aleja de sí, incómoda.

—¿Qué pasa? —susurra Víctor.

La inspectora clava su mirada en el suelo, angustiada.

—No podemos seguir con esto.

Víctor frunce levemente el ceño.

—No estamos haciendo daño a nadie.

—Ah, ¿no?

Olvido le mira fijamente, como si pudiera ver a través de él, como si fuera de cristal. Él le sostiene la mirada, y durante unos segundos nadie dice nada.

—Es mi mejor amiga. Y estáis a punto de ser padres. Creo que hay razones más que suficientes para dejar las cosas como están, antes de que se nos vaya todavía más de las manos —expone, en un tono que intenta ser conciliador—. Tampoco han sido tantas veces, así que vamos a dejarlo en lo que ha sido, un error. Un lío sin importancia.

Sabe que camina sobre una fina capa de hielo, que nunca debió permitir que aquello comenzara. Igual que sabe que no le va a resultar fácil gestionar la ruptura.

—¿Un error? ¿Eso es lo que ha sido para ti? —protesta Víctor.

El gesto en el rostro de la inspectora se torna impasible. Tiene que mantenerse firme, poner fin a aquella historia antes de que alguien salga herido.

—Pues yo no quiero, Olvido. No puedo, lo siento. No puedo renunciar a ti.

Otro incómodo silencio les atraviesa. Olvido aspira el humo del canuto.

—Te quiero —declara él.

—No digas tonterías, Víctor.

—Y tú también me quieres. Estoy seguro.

Olvido emite un hondo suspiro.

—La quiero más a ella que a ti. Eso no lo olvides nunca. Marga es tu mujer, pero por encima de todo es mi mejor amiga. Esto no tenía que haber comenzado jamás. No quiero que la cosa vaya a más, Víctor. Marga no se merece esta traición, ni por tu parte ni por la mía.

—No digas que no sientes algo por mí. No me lo creo... No te lo crees ni tú. Desde el primer día que coincidimos en la academia saltaron chispas entre nosotros.

—Una cosa son las chispas, y otra muy distinta el amor —dice la inspectora, cada vez más seria—. Claro que siento algo por ti. Somos algo más que amigos y mucho más que compañeros. Pero de ahí al amor hay un salto muy grande. ¿Es que no te das cuenta del daño que podemos hacerle?

—¡Claro que sí! Sabes que la quiero con locura. Pero también te quiero a ti. Y no me veo capaz de renunciar a ninguna de las dos. Os quiero a ambas, no creo que sea tan difícil de entender. Contigo tengo tanto en común... La brigada, la adrenalina... Con ella tengo otras cosas. La ternura, nuestro hogar, el cariño. Y la enana que está en camino, claro.

—Pues quédate con eso, Víctor. Porque yo no puedo ofrecerte nada más que un polvo de vez en cuando. No estoy buscando una relación, y desde luego no contigo.

—¿Prefieres entonces ir a revolcarte con otros al *Paradise*? ¿Es eso lo que quieres?

Olvido da un respingo al escuchar el nombre del local liberal en boca de su compañero. No lo ha visto venir.

—¿Me has estado siguiendo? —pregunta, incrédula.

Víctor no responde.

Olvido se pone en pie y coge su bolso dolida, enfadada, dispuesta a abandonar la casa. Si necesitaba un motivo para ponerle fin a ese sinsentido, ahora ya lo tiene.

—Que sea la última vez que te inmiscuyes de semejante manera en mi vida privada.

—Lo siento, pero aquí no eres mi jefa. No puedes darme órdenes. Aquí no somos Navarro y Montalbán. Somos Víctor y Olvido.

—Lo que has hecho ha sido traspasar una línea roja. ¡La línea roja está TAN lejos, que ya ni se ve desde donde estás!

—Es que no lo entiendo, Olvido. ¿Cómo puedes...? ¿De verdad prefieres follarte a cualquier desconocido, antes que hacer el amor conmigo? ¿Después de todo lo que hemos vivido juntos?

—¡Navarro! —. Olvido se da cuenta de que ha elevado excesivamente el tono de voz y vuelve la cabeza hacia el piso de arriba, temiendo que Marga pueda oírlos.

—Cuida de tu mujer y procura que no le falte de nada, ¿me estás escuchando? —ordena, casi en un susurro—. Si le haces daño, si alguna vez le cuentas algo sobre nosotros, estás fuera de la brigada. Ahora mismo te hablo como tu jefa. Todo esto, tanto si te gusta como si no, termina aquí y ahora. Cíñete a la informática, que es lo tuyo, y deja los seguimientos para los profesionales, porque como tenga la más mínima sospecha de que me espías, me acosas o me persigues, te expones a una demanda de tres pares de cojones. Espero haber hablado claro.

Animales

15 AÑOS ANTES

Miércoles, 21 de junio de 2000

El hombre arranca el coche a toda velocidad.

La mujer sostiene al bebé en sus brazos, tratando todavía de recuperar el aliento. La envuelve bien en la mantita rosa y nota cómo su pulso se va serenando conforme aumenta la distancia entre ellos y el caserío.

—¿Sabe qué, hermana? He oído que muchas personas darían una buena cantidad de dinero por los órganos de un recién nacido.

La mujer se vuelve hacia el conductor, espantada.

—¿Estás loco? ¡No somos animales!

—Perdone, hermana. Solo era un comentario.

—No quiero volver a escuchar semejante barbaridad.

¡Nosotros no asesinamos seres humanos!

Un silencio tenso se adueña del vehículo durante todo el tiempo que dura el trayecto hasta San Sebastián.

—Nosotros cumplimos la voluntad de Dios —murmura la monja cuando el coche se detiene, al tiempo que se santigua y besa la cruz plateada que cuelga sobre su pecho.

El impulso

Lunes, 7 de septiembre de 2015

08.00h

No es la primera vez que Eric siente «eso». Pero hace ya mucho, demasiado tiempo, que intenta retener —a base de un autocontrol y una fuerza de voluntad de hierro— «el impulso», como lo ha bautizado. 2.894 días, para ser exactos. O lo que es lo mismo, ocho años. Ocho años menos un mes desde el día en que arrojó al vacío al pequeño Jaime Aguilar. Un aniversario macabro, pero aniversario, al fin y al cabo. La fecha no es importante, pero es casi perfecta.

Esta mañana Eric se encamina, como cada día, en dirección al instituto La Ribera, donde estudia primero de Bachillerato. El curso escolar ha comenzado hace tan solo unos días y los alumnos aún conservan esa energía risueña propia del verano. Eric acaba de cumplir los dieciséis. Al contrario que sus amigos, se ha pasado casi todas las vacaciones encerrado en su habitación. Apenas ha salido de la casa donde vive con sus padres, a excepción de las noches más duras, en las que no le ha quedado más remedio que saltar por la ventana y vagar por las calles de Madrid hasta la salida del sol. Pero hoy, al fin, tras dos meses de cuidadosa planificación, su tedioso paseo hasta el centro escolar está impregnado de un ardiente propósito. Con cada paso que da, el corazón se le acelera introduciendo un compás de tres o cuatro latidos por segundo, cada vez más veloz. *Po-pom, po-pom, po-pom.*

En la entrada principal, varios grupos de adolescentes remolonean antes de decidirse a entrar en el edificio. Eric espera pacientemente a que suene el zumbido que anuncia el comienzo de las clases. Al fin, escucha el timbrado. Los más rezagados corren hacia las aulas. Eric aguarda aún cinco minutos más. Después, entra en el instituto y cierra tras de sí la puerta doble principal. Saca de su mochila una cadena y un candado y amarra la puerta por dentro. A continuación, extrae de su mochila una pistola y retira el seguro justo en el momento en que Arturo, el bedel, sale de la conserjería.

—Buenos días, Eric, vas a llegar tar...

Eric le devuelve el saludo volándole la cara de un disparo.

Una sonrisa perturbada se dibuja en su rostro. Ha llegado el día.
Su día. Por fin.

Dulce

15 AÑOS ANTES

Miércoles, 21 de junio de 2000

La edad no ha hecho mella en el rostro de porcelana de Leire Larralde. Sigue teniendo la piel de una adolescente, nadie le echaría los treinta y siete años que acaba de cumplir. En cambio, su marido, Julen Mendiburu, a pesar de no superar la cuarentena es uno de esos hombres grises, apagados, cuya piel recuerda levemente a la ceniza de un cigarro que se consume en la comisura de los labios.

Al cruzar el umbral de la clínica de La Luz, la recepcionista sonríe ante la abultadísima barriga de Leire.

—¡Creo que ya está aquí! —anuncia entusiasmada, acariciándose el vientre con delicadeza.

—¿Tiene las contracciones muy seguidas?

—Cada cinco minutos, más o menos. Hemos esperado toda la mañana en casa para asegurarnos, tal y como nos indicó el doctor Echagüe. He roto aguas justo antes de salir.

—Perfecto, pues tomen asiento unos segundos, enseguida la subimos a su habitación. ¡Y usted anímese, hombre! Que parece que vaya a asistir a un funeral, en lugar de a un parto...

La mujer y Leire intercambian una sonrisa de complicidad. Julen, en cambio, se remueve incómodo en el asiento de la sala de espera mientras deja en el suelo, a su lado, una pequeña maleta.

—Se van a dar cuenta —susurra, malhumorado y nervioso.

—¡Shh! —ordena Leire, irritada—. ¡Haz el favor!, ¿eh? Tú haz lo que nos han dicho y todo irá bien. ¡No lo vayas a fastidiar ahora!

La llegada del doctor Echagüe interrumpe la conversación del matrimonio, que se pone en pie al unísono al verle llegar. Viene solo, empujando una silla de ruedas. Sin intercambiar ni un saludo, le indica a Leire con un gesto de cabeza que se siente en ella.

—Ya está todo listo —masculla escuetamente, mientras los tres se alejan por un largo pasillo.

Después de un largo recorrido —la pareja intuye que el doctor les ha conducido hasta la parte menos transitada del hospital— Echagüe abre una puerta y les invita a entrar. En apariencia, se trata de una habitación común de la maternidad, como cualquier otra.

—Les dejo aquí unos instantes, para que se acomoden. Señora Larralde, por favor, póngase usted el camisón que le he dejado preparado sobre la cama y échese.

—¿Puedo...? —pregunta Leire, señalándose la barriga.

—Sí, sí. Métralo en esa bolsa de ahí y ciérrela. Ahora mismo vendré a por ello.

El médico deja sola a la pareja, que obedece diligentemente sus instrucciones. Julen Mendiburu ayuda a su esposa a desabotonar la parte de atrás del vestido premamá y lo cuelga pulcramente en el armario de la habitación. A continuación, desabrocha el arnés de color visón que, oculto bajo la ropa, hace las veces de una barriga propia de los nueve meses de embarazo.

—No lo voy a echar nada de menos —asegura Leire, tendiendo el falso vientre a su marido. Acaricia con alivio su estrecha cintura y procede a ponerse el camisón de tela azul, que luce el logo de la clínica bordado en el pecho.

Diez minutos después, la puerta de la habitación se abre de nuevo. Esta vez, el doctor Echagüe viene acompañado por una mujer que sostiene un bebé en sus brazos. Leire se cubre el rostro con las manos, tratando de contener un grito de felicidad. Julen, en cambio, da rienda suelta a sus emociones por primera vez, conmovido ante la llegada de la hermana Dulce. Ha escuchado grandes elogios sobre ella, tanto por su trabajo en la clínica como por su labor al frente del convento. Julen es un hombre muy religioso. Aquella mujer, según le habían contado, ha dedicado su vida a encontrar familias adecuadas a todos y cada uno de los recién nacidos que, a lo largo de los años, habían sido abandonados por sus madres en el torno del convento de las Hermanas Auxiliadoras del Sagrado Corazón. Según la versión de las monjas: «mujeres solteras, abandonadas, descarriadas...» Con el tiempo, la hermana Dulce (diminutivo del mucho más largo «Dulce Nombre de María»), había pasado de ser la más joven novicia de la comunidad a ostentar su actual cargo de madre superiora. Su experiencia atendiendo partos en las misiones de su congregación en el Congo le ha granjeado una excelente reputación como matrona, a pesar de no poseer ningún tipo de formación oficial. «Yo solo me pongo en manos de Dios», solía decir cada vez que ayudaba a traer un niño al mundo. La hermana Dulce vive en el convento, con el resto de las monjas, pero pasa gran parte de su tiempo en la clínica de La Luz, una maternidad católica privada que goza de un enorme prestigio en la ciudad. La mayor parte de la plantilla, así como el jefe de Pediatría —el doctor Andoni Echagüe—, está compuesta por personal médico cualificado y laico, pero una pequeña fracción de las trabajadoras de la maternidad son monjas voluntarias de la congregación, cuyo convento se encuentra ubicado en un antiguo edificio señorial que linda con la clínica.

—Qué niña tan bonita... ¿Qué le pasa en la oreja? —pregunta Leire, un tanto disgustada, cuando la hermana Dulce deposita al bebé en sus brazos.

El médico se acerca a examinarla.

—No es nada, mujer. Es muy frecuente, simplemente tiene el lóbulo partido. No es más que un pequeño defecto estético.

—Discúlpela, doctor —se excusa Julen—. Desde lo de nuestro hijo, cualquier cosa nos preocupa.

—Lo comprendo, señor Mendiburu. No se apuren, he examinado a la niña: está sana como un roble. Lo que sucedió con su pequeño Ander fue una tragedia, pero estoy convencido de que el Señor ha querido compensar su pérdida con esta niña. No se obsesionen, todo irá bien. Son ustedes un matrimonio maravilloso. ¡Esta pequeña tiene mucha suerte de tenerles!

La pareja se toma de la mano y dedica al doctor una sonrisa de agradecimiento.

—Bueno, yo debo irme ya. Les dejo con la hermana Dulce, que les explicará todo. Para cualquier consulta, ya saben dónde me tienen. Recuerden que es preferible que sea yo quien me encargue de los temas de salud de la niña. Por precaución... ya saben.

—Claro, claro, por supuesto —responde Leire—. Muchas gracias por todo, doctor.

El médico abandona la sala, no sin antes llevarse consigo la bolsa donde la pareja ha ocultado el falso vientre de embarazada.

—Muy bien —dice la monja—. Recuerden lo que hemos acordado durante estos meses. Diremos que la niña nació aquí a fecha de hoy, miércoles 21 de junio de 2000. El doctor Echagüe y yo misma la asistimos en el parto. Aquí tienen el certificado de nacimiento y el informe del parto emitidos por la clínica —les

explica, al tiempo que tiende a Julen un par de papeles con el membrete de la maternidad.

—¿Es todo? ¿Necesitamos alguna documentación más, aparte de esto?

—Nada. Más adelante iré a visitarles personalmente y les llevaré la cartilla de vacunación y alguna cosilla más. ¿Han traído ustedes...?

Julen asiente y se apresura a abrir la pequeña maleta que ha traído consigo. Extrae un sobre marrón, abultado, que tiende a la monja.

—Tres mil euros, lo que acordamos.

—Esto es la tercera parte de lo que... —apunta la religiosa, frunciendo el ceño.

—Sí, sí, por supuesto... No disponemos de más ahorros por el momento, pero iremos pagando las cuotas mensuales hasta finiquitar el pago, le doy mi palabra —asegura Julen, algo nervioso.

La hermana Dulce hace sus cálculos mentales.

—De acuerdo. Perdonen, tienen razón, habíamos acordado fraccionar el donativo... Otras parejas hacen sus contribuciones a nuestra comunidad del mismo modo. En ese caso, yo misma pasaré por su domicilio todos los meses para la recaudación. Si les parece bien, fijamos ya una fecha. Como hoy es día veintiuno, pues así lo dejamos.

—Perfecto, el veintiuno de cada mes —asiente Leire.

La monja saca de su bolso un elegante diario con tapas negras de cuero y hace una anotación. Después, tras santiguarse, besa la cruz de plata que cuelga de su cuello y la introduce dentro de la blusa. En lugar de hábito, algunas de las hermanas de la comunidad visten una sencilla falda gris de tela, una blusa blanca y jersey o chaqueta de punto también gris. Suelen llevar también una toca gris en la

cabeza, aunque esta pieza no es obligatoria y suelen prescindir de ella a su discreción, especialmente durante los meses de verano.

—Por curiosidad, hermana... ¿qué sabe de la madre biológica?

—pregunta Leire, jugando con los deditos de la niña.

—Ay, una pena, hija mía. Una adolescente, figúrate. Quince años, creo que tiene. Gracias a Dios ha tenido el buen criterio de sacrificarse por el bien de la pequeña... Me consta que saber que será criada por una buena familia católica es un gran consuelo para ella.

A continuación —y dando el tema por zanjado—, la monja adopta una postura de recogimiento y junta las manos para orar. Julen y Leire cierran los ojos e inclinan levemente la cabeza para acompañarla.

—Señor, bendice a esta niña y a su nueva familia. Te rogamos que guíes sus pasos y la libres de todo mal. Hazla siempre digna de ti y de tu amor, y guía a sus padres para que ayuden a crecer en ella la semilla de la fe. Te lo pedimos por Jesucristo, Nuestro Señor.

—Amén —responde el matrimonio, al unísono.

